

do en esos días de Agosto en el Matadero de Ciudad Real.

—¡Vaya, hombre vaya, cuanta calamidad!

—No es eso solo,—cuenta D. Glicerio—sino que á Torcuato, el padre de éste, le limpiaron el chaleco y se puso de un humor que no había quien lo resistiese.

—¿Porque le limpiaron el chaleco, hombre?

—Es que se lo limpiaron de cuartos, amigo mío. No le dejaron ni una blanca.

D. Glicerio se queja lastimosamente y se lleva las manos al carrillo derecho.

Entonces reparamos en que lo tiene enormemente hinchado.

—¿Algún flemón?—preguntamos.

—Ca, no es flemón; es una bofetada que me dieron en Miguelturra cuando estaba en marcha el tren: sin duda porque dije que yo era belmontista.

No nos reímos porque Joselito y su gente saludaban en aquellos instantes y esto es cosa muy seria como ustedes no ignorarán.

¡Qué corridita amigos! De estas se ve una cada dos ó tres años y aun tal vez que no. Joselito hizo ayer con los toros lo que le dió la gana. ¡Es mucho Joselito, querido Andrade! Después de cada faena había que oír á los gallistas. Nosotros nos tapamos los oídos, por temor á quedar sordos y para no oír ciertas cosas.

Un espectador, venido expresamente para asistir á la corrida desde Madrid, que por no hallar en Almagro hospedaje—tanta es la afluencia de forasteros—, después de refrescar con nosotros en el Casino se vino en el especial á Ciudad Real, se lamentaba anoche, cenando en Pizarroso, de que le hubiesen cobrado tan barato el billete de los toros.

Y á nosotros solo se nos ocurrió comentar:

¡Lástima que D. Glicerio no haya podido cederle su bofetada!

AVICEO.

NOTAS É IMPRESIONES

Antes de marchar.

Son las diez de la mañana. Con un calor solo comparable al que sufren los segadores en nuestras llanuras nos encaminamos á la estación.

La calle de Ciruela la encontramos animadísima. Infinidad de amigos y conocidos nos encontramos al subir la cuesta en busca del tren que ha de conducirnos á la ciudad de los encajes.

Por la estación no se puede dar un paso, la afición ciudarrealense en masa, espera ansiosa que pongan en el anden los coches del mixto de Manzanares para tomarlos por asalto y á prueba de incomodidades y sudores poder ver esta tarde al ínclito é incomparable Joselito despachar él solo seis toros de Muruve.

Decididamente las predicaciones de Noel han caído en tierra poco fecunda.

Abismado en estos pensamientos no me doy cuenta de que han colocado el tren de Manzanares y empujado por la ola humana que forma la muchedumbre congregada en la estación, me encuentro sin saber cómo, en

un departamento (no diré lo clase, porque no me llamen ustedes postinero), del tren que ha de llevarnos á Almagro.

Voces, gritos, pisotonès, apretones, carcajadas, canciones, etc., etc.; en medio de una barahunda infernal arranca perezosamente el tren, que más que coches parece que lleva las calderas de Pedro Botero por el fresco que se siente.

Camino de Almagro.

Fuera ya de agujas, camina el convoy con gran velocidad y tras breve parada en Miguelturra, prosigue su veloz carrera, dejando á un lado y á otro los verdes viñedos cargados de su exquisito fruto; los abrasados rastrojos; algún que otro rebaño soñoliento descansando á la sombra de algunos chaparros; algunas yuntas de labor que quedan allá en la lejanía... De pronto el ruido del tren se hace más ensordecedor, hemos entrado en un profundo desmonte; á los pocos momentos lanza la locomotora un agudo silbido. Nos asomamos á la ventanilla. A la izquierda de la dirección que lleva el tren aparecen las torres y el blanco caserío de una gran población. —Almagro—decimos—Almagro—repiten nuestros acompañantes. La línea comienza á describir hacia la izquierda una atrevida curva, dejando á la derecha la ciudad.

Suenan los cambios de agujas. Atruenan los oídos al pasar por las placas. Ruidos de voces. Gritos. Bienvenidas. El convoy se detiene.

Hacia la feria.

A la salida de la estación tomamos un coche que nos conduce en pocos minutos al real de la feria.

Damos una vuelta por allí, con bastante trabajo por la numerosísima concurrencia que hay en ella.

La hora y el calor que se siente hacen que estimeemos lo más oportuno marcharnos á reponer las fuerzas perdidas.

Así lo hacemos dirigiendo nuestros pasos al Gran Casino, donde nos sirven un *suculento* almuerzo, que nos cuesta cuatro buenas pesetas, pero que no envidia á los que se pueden servir á los más acreditados restaurants de Peñapomez ó Valdeconejos.

Descansamos un rato y próxima ya la hora de la corrida nos dirigimos á la plaza de toros, hacia la cual se encamina ya la afición.

En la plaza.

A duras penas penetramos en el circo taurino almagraño y á fe que el espectáculo que allí presenciamos nos compensa de veras de las penalidades del viaje. Señores, vale la pena de ir, no ya á Almagro, sino al fin del mundo, con tal de contemplar una representación tan numerosa, tan brillante y tan selecta, de la belleza manchega.

No me canso de mirar á tantas y tantas deidades como atraen mi atención. Me olvido de mis deberes informativos, quedándome boquiabierto y estupefacto ante tan peregrina hermosura y sobre todo cuando veo allí una morena digna de habitar los maravillosos salones de la Alhambra granadina, émula de las sultanas más hermosas que brillaron en la España...